

Espantos

Carnaval en la espina.

El reloj marca las dos y cuatro de la mañana, la calzada grasienta resuena en el silencio de
las esquinas,
y ya con todas las puertas cerradas, todas las cortinas celadas, se corona el carnaval en la
espina.

Salen los payasos de nariz tostada,
De puntualidad enferma levantan carpa,
Comedia de una sátira atragantan,
Entrañando ante el público el sueño de la vida en torre,
Por blancas palomas rodeando,
Por cuya sangre la melancolía corre.

Es la función de las luciérnagas,
Destellos manchan las botellas,
Risas profanas coronan la astucia nocturna,
¡exaltadas razones! ¡callo el tinto y no ha dejado huella!

Las fauces del cocodrilo son adornadas con guirnaldas polvorientas,
de compas a la calle se sueltan cometas,

Que dices cometas, sucia carnada ambiciosa,
Volantines manchegos, gitanos sin alma danzan su lid en la epopeya de media hora.

Se oscurece más la noche, y la mancha del desconcierto blanco aprieta en el reflejo de
muchos la esperanza seca,

Aparecen las sombras del ojo, de loma prominente atado a un futuro marchito,

Pecado incierto el de los santos que las profanan,

Los perros les preguntan a las gatas:

¿Dónde hay Juez ante aquel atropello?

Entre bigotes responden:

"Está en la esquina, pagando propina,

De la sátira hecha minuto,

De la ley hecha difunto".

Ya llegando el sol maldito,

Se nos escupe el entramado día,

Los marchantes se desplazan dejando tendido un espanto,

Que descansa pálido contra un muro azul en la esquina.

Si caigo en el delirio.

Si caigo en el delirio,

Es porque el tiempo en mi se hizo elocuente,

Mis pupilas serán breves negruras de algo que alguna vez fue suerte,

Mis colmillos gozaran la sazón de mi propio caldo,

Y los destellos serán lo que siempre han sido, insultos insulsos a la paz.

Si caigo en el delirio,

No lloren en mis orejas ni menos en mis ojos,

Deténganse a pensar que, si hice cuanto quise en luces, ahora hare de todo a mi antojo,

Traguen esa sucia mancha que los atraganta,

enfermo estoy, pero de la carcajada sangrante en garganta.

Si caigo en el delirio,

Que sepan que fue por voluntad del otro,

Del mirón añejo de cerraduras sin hueco,

Cuanto menos lo aprecio,
Cual lo hace los charcos negros con los reflejos de un necio.

Porque me distingue de la nieve,
Guiando mis pies a los ríos de fuego,
Soy sacrificio de mi yo interno,
Carne hervida ya sin tumores de alma,
Liberada es mi espalda hecha calma,
Regalo maldito que me hace,
Apuñalada con cuchillo que grita lamento gitano,
Presente marchito que me hago.

Si caigo en el delirio,
Que se me dé una pistola y una bandera,
Pues fundare una patria
Para todo aquel extranjero en pena.

Adiós viajero.

A ti te encomiendo mi fortuna Tiresias,
Agace la musa, la locura incierta,
Escribe el testimonio de mi último aliento,
o finge al menos que tu mente atenta,

Caída mis rodillas se encuentran,
flácidas malezas de cerca,
Tiembra mi pulso por compás
del diente, calma hombre,
Ya falta poco para quitar el hedor pestilente,

¿que mi rey hace llamado de mí?
Las tinieblas se aclaran y los cuervos
escupen tórtolas,
Ya no soy más un desdichado colado,
Ahora estoy invitado al vals de las violas.

De tres pasos en la tarde,
De tres pasos en la mañana,
Las costas arden,
Y mis tiempos se acaban,

Detesto decir esto,
pero las rondas ya son muchas,
Los círculos ya me hacen trompo,
Y más aún las capuchas,

Mejor terminar con esto
antes que me parezca chiste,
Mira que la tarde termino
con la mirada al eterno sol y
Ya casi nada me parece triste,

Tampoco nada me parece bello,
más allá del hierro de los rieles,
Frías son las serpientes copulando,
Cuyo tronar es un destello.

Sueño siento en mis ojos negro,
Trémulas tinieblas se desplazan,
Y en este juego,
Se desprende de mi un suspiro,

Hecho tronco descanso en el cañón de tiro,
Altivo caigo en los muslos de la fortuna,
Se abalanza la luz del fin, y el destino
Abrocha mi cuello a la cuchilla en altura,
Se conmueven las trompetas y
en el último momento,
recuerdo a un amigo.

Reflexiones sobre un reloj roto.

Hallase hoy un pequeño reloj,
De pulsera enchapado en oro,
Cuyas agujas ya no condenan,
Dejando a la iglesia en eterno coro.

Te encontré entre los tesoros de mi viejo,
Que me dejó de estas maneras
Una especie de herencia con llagas de primavera,
Aun no entiendo el porqué,
Aun no entiendo el quizá,
Ni mucho menos si tu llanto parara de rodar.

Cristalito roto ya no das ni pena,
tus reflejos son décadas,
tus agujas parecen venas,
¿algún tupido todavía te habla?

Te recuerdo siempre,
Al menos a tu marca,
Cuando cada 12 de diciembre te asemejas a la parca,

Tuya es mi tristeza, cuando cierro cada puerta en la casa de mil piezas.

Llenas de polvo mis paredes,
Repletos de vástagos los suelos,
Me siento perpetuo en este mar de estruendos, pero, tic toc, estoy despierto,
Ya nos soy una pena, sino tan solo un destello.

Acaso ahora me pregunto relojito,
¿No es acaso el tiempo el mayor espanto?
Reseca los lirios y las rosas, se lleva los desiertos, ¡hace llorar hasta los mismos muertos!

¿Por qué si acaso tu amado es una desgracia
te promete lo eterno y una mentira? ¿no te das cuenta que tus recuerdos viven menos que
el canto de una lira?

Yo nunca te mentiría relojito,
Como tú tampoco lo querrías,
Pues, aunque estés roto, entenderás cuando no me queden meses ni días,
Aunque me aterre el momento,
Se que te pondrá contento,
Que al fin ponga fin al poema sin verso.

Como así lo fue el miedo que crispo la tarde,
donde el crujir del abeto dreño el tinto que desparramo mi padre.

Héctor Unborn.